



lencio ni uno solo de los vicios de una época, ni una sola de las virtudes de los reyes. Felipe III en especial, el genio que aniquila en el Occidente la voz de la soberbia protestante y contiene con el espíritu de su prudente virilidad el empuje del error, es hoy el blanco del libre exámen.

No hay entendimiento racionalista que no maldiga de su nombre al pié de su tumba, en el suntuoso panteon de la gran obra, que recuerda la gloria de una de las más grandes figuras de la historia española, razon por la que hemos de procurar en lugar oportuno presentar, sin pasión, pero con entusiasmo y espíritu recto, los hechos del que perpetuó su nombre en la gran obra del Escorial, y en la más grande aún de sepultar el protestantismo en España.

La época que aquí comienza es retratada con hábil mano, en términos breves, por el historiador italiano en los siguientes términos:

Dos veces intenta el Asia traer su Media Luna al corazón de Europa; pero mientras los príncipes cristianos permanecen cual ociosos espectadores, contentándose con sentirse curados del entusiasmo religioso, la Polonia y Venecia salvan de una nueva irrupción de barbarie á los países que están destinados á devorarlos algun día. El mismo turco, herido en Lepanto con un golpe que presagia el de Navarino, entra en el sistema político de Europa. Mas ya no se trata en esta parte del mundo de comunes esfuerzos para asegurar la independencia ó impedir el desmoronamiento del orden ó del saber; dejándose llevar los Estados de la sujeción del egoísmo, se observan entre sí con envidiosos ojos, dispuestos á poner de nuevo en su fiel la balanza cuando quiera que la vean inclinarse hácia algun lado.

Habíase engrandecido en la anterior época el Austria hasta el punto de infundir temores de aspirar á la soberanía universal. La Reforma y las revoluciones se lo impidieron, cuando hé aquí que la Francia se pone al frente de las naciones continentales así que Luis XIV sube al trono. La revocación del edicto de Nantes amenaza descomponer la paz de Westfalia; pero sus resultados no son conocidos sino en Francia, cu-

vos ciudadanos, perseguidos, pasan á ser útiles á la Holanda, que desde el Zuiderse se arroja como negociadora y guerrera á quitar á los portugueses las posesiones del Africa y de la India.

De esta manera van realizándose tranquilamente las ideas del siglo anterior; á la matanza suceden los partidos, á la acción la doctrina, á la guerra la discusión, al genio el talento, y á los generales los ministros omnipotentes. De aquí el aumento de los ejércitos, las embajadas permanentes, la recíproca desconfianza, el estudio de los medios de engañarse y el predominio de los negocios de hacienda sobre todos los del Estado. Los barones descienden hasta convertirse en gentiles-hombres y cortesanos; pero ya en cambio el pueblo, los hombres instruidos y los traficantes, tienen la vista fija sobre lo que pasa en las Cortes, examinan los presupuestos y extienden el comercio; empiezan las doctrinas á ser causa de gravísimas mudanzas, y Colbert y Jansénio comueven la Europa como Villars y Eugenio. El maravilloso incremento que alcanza un pueblo por la vía del comercio marítimo y de las manufacturas, es causa de que los gobiernos quieran dirigir y arreglar un movimiento, que para engrandecerse no necesita más que carecer de trabas; introdúcense fábricas privilegiadas, aranceles y prohibiciones de entrada y salida; se intenta hacer de modo que cada nación se baste á sí misma, es decir, que para favorecer el comercio no venda ni compre. De aquí se originan celos que paran en guerras, con el único objeto de destruir la prosperidad mercantil de los rivales.

Entre tanto, la Inglaterra, convertida en coloso entre el tumulto de sangrientas escenas, hace preponderar su voluntad sobre las naciones del continente hasta el punto de erigirse en árbitra. Pero otra misión más noble tiene que desempeñar con sus colonias, abriendo á la Europa las puertas de la India y de la China. Mientras los misioneros prosiguen sus pacíficas expediciones, una sociedad mercantil conquista más territorios que Alejandro; Smith, Hudson y Baffin continúan la empresa de Colón; otro nuevo mundo aparece ante las naves de los holandeses, resto quizá de uno más an-



tiguo, ó acaso destinado á dilatarse en un vastísimo continente, donde la civilización vendrá á trasladar sus tiendas.

Más que con las conquistas de Luis, se ilustra la Francia con el esplendor con que surge su literatura, evitando los defectos de la Edad Media, la oscuridad y la confusión escolástica en las obras del raciocinio, lo fantástico en las de imaginación, y la incorrección en todas. Pero ¿será bastante para asegurarse el predominio sobre el porvenir, el haber evitado los defectos, procurando al mismo tiempo dar el más gracioso contorno á la forma externa? Muchos títulos tiene para esperarlo un idioma que se ha convertido en vehículo de la inteligencia entre las diversas naciones, y que está cercano á cumplir el voto del idioma universal que Roma intentó llevar á cabo con el latín.

Un hecho de los culminantes para la civilización europea, son las conquistas de la Rusia, la cual, después de haber sacudido el yugo del Mogol y de haberse dueños de los cosacos de la Ukrania y del Dnieper, se emancipa de la jurisdicción del patriarca griego, dependiente del sultán; mas no por eso se une ni con el imperio ni con Roma, y la cristiandad oye con admiración que el czar, en la paz de Nipschú, ha fijado los límites entre su imperio y el de China. Finalmente, habiendo venido á parar la Rusia á manos de un rey que tiene la obstinación de los innovadores, adopta un progreso de positiva utilidad, y entra en la familia occidental con el destino de consumar el triunfo de esta sobre las razas asiáticas.

Apenas contaba Luis XIV cinco años, dice un crítico español, á la muerte de su padre. Su madre, Ana de Austria, consiguió del Parlamento anular el testamento de Luis XIII y la proclamase regente. Dispensó toda su confianza á Mazarino, italiano de gran talento, de maravillosa aptitud para los negocios, y continuador de la política de Richelieu, no obstante lo cual, sus medios de gobierno, astucia y corrupción, su calidad de extranjero y el mal estado de la Hacienda, le hicieron impopular.

Originóse una viva oposición del Parlamento á la corte, y el arresto de tres miembros de este, decretado por Mazarino, sirvió de pretext-

to para la *guerra civil de la Fronda*, así llamada por la semejanza entre la conducta de los parlamentarios y la de los muchachos en sus riñas ó pedreas con hondas. En esta guerra, alimentada por la España, tomaron parte muchos descontentos y nobles humillados en el reinado anterior por la omnipotencia de Richelieu, que creyeron poder recobrar su importancia ante la debilidad de un trono ocupado por un niño y la regencia.

Después de vicisitudes varias, como la paz efímera de Ruel, el destierro de Mazarino, que obtuvo nuevamente el poder para abandonar la Francia y quitar todo pretexto á los revoltosos, acabó con el castigo de estos el mismo año.

La paz de Westfalia no había concluido la guerra entre Francia y España. Mazarino, alejado momentáneamente, la continuó con gran empuje hasta su terminación por el tratado de los Pirineos, ajustado en la isla de Faisanes en el Vidasoa, y en virtud del cual la Francia obtuvo el Artois, muchas ciudades de Flandes y los Países-Bajos, varias plazas en el Luxemburgo, el Rosellon y la Cerdeña, y el joven Luis XIV casó con María Teresa, hija de Felipe IV, rey de España, previa la renuncia formal de esta princesa á sus derechos eventuales á la corona que ceñía su padre. Mazarino no pudo apreciar los resultados de este tratado, que consideraba como la obra maestra de su política, pues murió á los dos años.

Desde la muerte de Mazarino, Luis XIV, que en pleno Parlamento pronunciara la célebre frase *el Estado soy yo*, se propuso gobernar solo; y auxiliado de Colbert y Louvois, robusteció su poder en el interior y extendió su influencia en el exterior tanto como le fué posible. Desmembrar la España, contra cuya dinastía austriaca abrigara el odio heredado desde Francisco I, y debilitar la Holanda, fué el pensamiento político de Luis XIV, y por tanto de la Francia del siglo XVII. Para esto, y contra la España, Luis XIV hizo valer el *derecho de devolucion* usado en los Países-Bajos españoles, en virtud del cual los hijos del primer matrimonio heredaban con preferencia á los hijos del segundo. María Teresa era la hija mayor



de Felipe IV; muerto este, Luis XIV reclamó á Flandes, Brabante y Franco-Condado, por derechos de su mujer, y declaró la guerra á Carlos II, tomando por pretexto el pago no realizado por España de la dote de aquella.

Poniendo Luis XIV de su parte los auxiliares naturales de la España, el mismo emperador, uno de ellos, invadió á Flandes y el Franco-Condado, apoderándose de importantes plazas de la primera y de todo el último en ménos de dos meses. Triunfo tan rápido alarmó á la Holanda, y contrajo con Inglaterra y Suecia una primera coalicion, llamada Triple Alianza, para detener los proyectos del monarca francés. Este vióse por entonces obligado, para no aumentar el número de los enemigos, á suscribir la paz de Aquisgran, que dejaba á la Francia la posesion de Flandes, conocida desde entonces con el nombre de Flandes francesa, conservando España el Franco-Condado.

Resentido Luis XIV con la Holanda por el tratado de Aquisgran, declaróle la guerra, renovando su antigua alianza con la Suecia, atrayéndose á la Inglaterra por Enriqueta, hermana de Carlos II Stuardo y esposa del duque de Orleans, sin temer á la impotente España bajo el débil Carlos II, ni al Austria, en guerra á la sazón con los turcos, lo cual, sin embargo, no impidió que ambas potencias auxiliasen á la Holanda en esta guerra.

Rotas las hostilidades el mismo año, el almirante holandés Rinten destruyó la escuadra francesa que atacara las costas de Holanda. Luis XIV se apoderó de Maestrich, casi conquistó la Holanda, y sin embargo, tuvo que abandonarla por haber los holandeses roto los diques é inundado los campos. Al año siguiente, el rey francés hizose dueño del Franco-Condado, y dióse la célebre é indecisa batalla de Senef, continuando la lucha hasta la destruccion de las escuadras holandesa y española, cuyos repetidos desastres obligaron á los aliados á solicitar la paz.

Arbitro de Europa Luis XIV despues de tan continuados triunfos, otorgó la paz que se le pedia, suscribiendo el tratado de Niruega, por el que la Holanda volvió al estado que antes de la guerra, y Austria y España perdieron la

Lorena, el Franco-Condado y Flandes, que definitivamente adquirió la Francia.

La Francia habia llegado al apogeo bajo Luis XIV, que recibiera entonces el nombre de el *Grande*, y contra el cual la vencida y humillada Europa, recelosa de los mal encubiertos proyectos de absoluta dominacion de aquel, organizó la liga de Augsburgo, en que tomaron parte el imperio, la España, la Suecia, la Holanda, y más tarde Guillermo de Orange, rey de Inglaterra.

La guerra general europea que contra Luis XIV emprendió la liga de Augsburgo, seguida con animosidad por ambas partes, y empezada en Flandes, propágose al Rosellon, la Italia y Alemania. En los diez años de su duracion, fueron sus principales vicisitudes la conquista realizada por el Delfin, la batalla de Fleurus ganada á los imperiales, el combate naval de la Hogue, en que la escuadra francesa fué destrozada, el asedio y conquista de Barcelona por los franceses; hechos todos que aceleraron la conclusion de la paz retardada por la España con la esperanza de alcanzar mejor partido.

Ajustóse al fin el tratado de Rysewiek, y puso fin á la guerra y un dique á la desatendida ambicion de Luis XIV, y por el cual España recobró las plazas de Cataluña que habia perdido, la Francia abandonó sus adquisiciones en los Países-Bajos, y el imperio restituyó la Lorena y reconoció á Guillermo III como legítimo soberano de Inglaterra é Irlanda.

Con la muerte de Carlos II consumóse la revolucion de Inglaterra. Los independientes, dueños del Parlamento, proclamaron *la república*, suprimieron la Cámara alta y proscribieron á los miembros de la familia real. *Cromwell* castigó con el suplicio á muchos de los niveladores, que descontentos, se amotinaron contra el gobierno; sometió á los realistas de Irlanda, en cuyo país corrió á torrentes la sangre, y venció á la Escocia, que proclamara á Carlos II, hijo del rey, en las batallas de Dumber y Worcester, no siendo ménos afortunado contra los holandeses, á quienes á pesar de sus fuerzas marítimas quebrantó notablemente.

Sólo faltaba el poder supremo á la popula-



ridad que sus victorias habian conquistado á *Cromwell*. Para obtenerle, puesto á la cabeza de sus mosqueteros, presentóse un dia en la Cámara, obstáculo á sus planes, y la disolvió violentamente, sustituyéndola con un nuevo Parlamento, compuesto de ciento cuarenta hechuras suyas, la mayor parte artesanos, el cual resignó sus poderes al cabo de cinco meses, otorgando á *Cromwell* la autoridad soberana con el título de *protector*.

Su *protectorado* es una de las páginas más gloriosas de la historia de Inglaterra. En el interior supo restablecer el orden, hacer respetar el poder y aumentar considerablemente la riqueza pública. En el exterior ajustó la paz con la Holanda, á la que por el *acta* de navegacion prohibiera la introduccion de géneros extranjeros en Inglaterra, recibió felicitaciones de casi todas las potencias; la Francia, gobernada por Mazarino, reconoció la república é hizo alianza con el Protector, que obtuvo á Dunquerque y la Jamaica en premio de sus servicios á aquel. Una muerte prematura arrebató á Cromwell en el momento mismo en que los comunes le ofrecian la corona.

Sucedióle su hijo Ricardo, reconocido protector de la república, aunque sin ninguna de las cualidades de su padre. Abdicó al cabo de pocos meses, obligado por los oficiales de su ejército á disolver el Parlamento mismo que le dió el poder. El general Monck, gobernador de Escocia, concibió entonces el pensamiento de restablecer á los Stuardos, para lo cual convocó un nuevo Parlamento, á quien propuso el llamamiento de Carlos II, cuya entrada en Inglaterra, en medio del más vivo entusiasmo, constituye la restauracion de aquella dinastía.

Hijo del desgraciado Carlos I, inauguró Carlos II su reinado con el proceso de los regicidas, de los que murieron diez en el patíbulo. Enemistóse luego con los presbiterianos por la condenacion de su *Convenant*, é indispúsose con la nación toda por la venta de Dunquerque á la Francia, la guerra á Holanda con subsidios recibidos de Luis XIV, la caída del ministerio del ilustre canceller Clarendon, al que reemplazó el corrompido de la *Cábala*, apodo formado con las iniciales de los nombres

de los principales miembros, y por la tolerancia que empleó el rey con su hermano el duque de York, presunto heredero de la corona, convertido al catolicismo, etc.

Dócil hasta entonces el Parlamento, manifestóse hostil á Carlos II, de quien arrancó importantes concesiones, siendo las principales el *Bill del Test*, que obligaba á todo funcionario público á negar por escrito la transustanciacion; el casamiento de María, sobrina del rey, con el príncipe de Orange, que acababa de inudar la Holanda por salvarla de la invasion francesa; la declaracion de guerra á la Francia; el destierro del duque de York y su exclusion del trono, y finalmente, el *Habeas corpus*, que abolia la prision preventiva.

Carlos II disolvió por fin el Parlamento, en el cual habiase manifestado Wighs y Thorys, representantes los primeros de la opinion y restriccion á las prerogativas reales, y los segundos de la conservacion y ensanche de las mismas, gobernando desde entonces con enérgica violencia, de lo que protestó el partido republicano por una conspiracion de que formó parte un hijo natural del rey, descubierta y castigados con el cadalso algunos de sus principales jefes. Habíase restablecido la calma cuando murió Carlos II, reconciliado con la Iglesia de Roma.

Jacobo II, hermano de Carlos II, le sucedió sin oposicion, no obstante haberle excluido el Parlamento cuando era duque de York. Empezó su reinado satisfactoriamente, pero muy luego la exaccion de impuestos sin la autoridad del Parlamento, y su manifesto fervor católico, ocasionaron un descontento general, precursor de una nueva revolucion, pues la opinion pública abandonóle para mostrarse afecta á Guillermo de Orange, que acariciaba el pensamiento de apoderarse de la corona de Inglaterra.

Yerno de Jacobo II el stathuder de Holanda, Guillermo de Orange, jefe de la Reforma en Europa, manifestóse en oposicion á su suegro y favorable á los obispos y al Parlamento en las luchas interiores que por entonces agitaban la Inglaterra. Jacobo II no dió importancia á esta oposicion, hasta que el desembarco de Gui-



llermo sin obstáculo alguno en las costas de Inglaterra, al frente de un numeroso ejército, le quiso hacer conjurar, aunque tarde, peligros que había despreciado. Intentó inútilmente resistir la invasión, viéndose obligado á abandonar la corona, que el Parlamento dió á Guillermo y á su esposa María, realizándose así la segunda revolución, llamada *gloriosa* por los ingleses.

El nuevo soberano Guillermo III inauguró su reinado con la *declaración de derechos*, punto de partida de un nuevo derecho político. Vencedor de la Irlanda, que se declaró por Jacobo II, á quien venció en la batalla del río Boyne, consolidó la revolución, tomó parte en las últimas guerras de Luis XIV y bajó al sepulcro sin haber podido realizar los vastos designios de su política.

La historia de la Iglesia nos presenta en esta época hechos notabilísimos. El papa Gregorio XV funda la congregación de *propaganda fide*, que tantos beneficios ha prestado y presta á la humanidad; constituyense nuevas reglas para la elección pontificia, y el P. Petavio admira al mundo y llena de nueva gloria á la Compañía de Jesús con sus sábias doctrinas.

El genio más vivo de la caridad aparece en esta época, San Vicente de Paul, y funda la orden de los sacerdotes de la misión; y en unión de la viuda Le Gras, la institución de las hermanas de la caridad, verdadero tipo de la mujer cristiana.

Al lado de estas hermosas figuras aparecen talentos perturbadores que siembran semillas de fecundos gérmenes de error para lo porvenir, Jansenio y Hugo Gracio, así como la Sorbona entabla una lucha apasionada y violenta contra los sábios hijos de Loyola, tan injustamente perseguidos hoy como entonces, distinguiéndose Arnaul, Nicole, y hasta aquel genio dulce y vigoroso al par que ha legado al mundo páginas también bellísimas, Pascal, cuyos *Pensamientos* compensan en alguna manera la injusticia y errores de sus *Cartas*.

La paz de Westfalia imprime nuevo carácter á la dirección de los destinos sociales; el papa, no obstante, protesta por medio de la bula

*Zelus domus Dei* de las disposiciones del tratado que limita las libertades del catolicismo.

Vive en esta época el ilustre José de Calasanz, una de las hermosas glorias de entre nuestros varones de santidad é ilustración; cuya maravillosa institución ha logrado librarse del exterminio de la bárbara impiedad. Muere en estos días aquel entendimiento atrevido que con intencionada decisión ó con inconsciente tendencia señaló á la filosofía el camino de la emancipación, Descartes, padre de tantos y tan peregrinos errores como las ciencias filosóficas han predicado desde entonces al presente.

En 1645 muere en el cadalso Carlos I, abriendo camino este crimen á las vías de constante rebelión del pueblo contra los reyes en la época moderna, ¡quién sabe si para purificar los tronos, ó para castigar á los pueblos!

Llena Bossuet con su palabra, con sus escritos y con su influencia un gran puesto en esta época, que comparte con el ilustre Fenelon y el elocuente Bourdoulou, si bien hemos de analizar las tendencias galicanas que prosperan en estos tiempos.

Una sucinta y compendiosa reseña de la historia de los papas, completará el breve cuadro de esta época:

«La Santa Sede había recibido un rudo y terrible golpe bajo el pontificado de Inocencio X; los príncipes católicos y protestantes habían celebrado la paz de Westfalia sin consideración alguna á la corte de Roma, secularizando una gran parte de los bienes eclesiásticos, de abadías y obispados, y emancipando completamente el poder temporal. Se había excluido además de los negocios del Estado y del movimiento político toda tendencia, toda dirección eclesiástica. La Santa Sede había perdido mucho de su ascendiente moral y de su consideración á los ojos del pueblo, siendo de temer que con tales precedentes se acabase por atacar y rebajar sus más esenciales derechos. Inocencio no pudo oponer á esta violación de sus derechos más que una inútil protesta. Alejandro VII, su sucesor (Fabio Chigi, 1655-67), hizo esperar á los romanos un reinado más feliz por la severidad de sus costumbres, por su odio al lujo y á la magnificencia, por su prudencia



y por su conocimiento de los negocios. Desgraciadamente, el papa no realizó por completo las esperanzas que se habían concebido de las virtudes y talento del cardenal diplomático; se rodeó de más pompa que lo que se había creído, llevó sus parientes á Roma, y fué en muchas ocasiones difíciles inferior á las circunstancias y á su reputación. Recibió el inesperado consuelo de ver á la reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, abjurar el protestantismo y volver al gremio de la Iglesia. Recibióla en Roma con magnificencia y le señaló una pensión anual. La Francia, por el contrario, que había sido ya desfavorable á Alejandro cuando estuvo de nuncio en Munster, fué para él un origen de amarguras y pesares bajo el ministerio de Mazarino, y todavía más durante el reinado de Luis XIV. Parecía que este monarca había encargado formalmente á su embajador el duque de Créqui que ultrajase al papa. Los desprecios del embajador y las bravatas de su gente irritaron en tales términos á la guardia corsa, que no respetó ni el mismo palacio de la embajada francesa. Fué tal la exasperación de Luis XIV, que hizo salir de su reino escolta al enviado pontificio, ocupar la ciudad papal de Avignon y el condado Venecino, y marchar tropas sobre Italia para obtener satisfacción, y el papa se vió obligado á aceptar la humillante convención de Pisa. Su Santidad reanudó, sin embargo, sus relaciones de amistad con la república de Venecia, á quien concedió los bienes de las órdenes abolidas en su territorio para sostener los gastos de la guerra contra los turcos, y esta llamó, á petición suya, á los jesuitas, que hasta entonces habían sido rechazados por ella. Alejandro, por fin, embelleció á Roma con magníficos edificios, como el del colegio de la Sapiencia, al que enriqueció con una soberbia biblioteca. Pero sus suntuosas obras y los insaciables deseos de su familia, pusieron en diversas ocasiones la Hacienda en grande apuro. Su carácter equívoco le privó de la gloria que sus cualidades y su talento parecían deberle asegurar en la Historia.

Clemente IX (Rospigliosi, 1667-69), literato y poeta como su predecesor, pero mejor econo-

mista que él, trató de reparar el desorden de la Hacienda, socorrió á la república de Venecia con fuertes sumas en su lucha contra los turcos, y consiguió la reconciliación de la Francia y de la España por la paz de Aix-la-Chapelle, haciendo conocer á Luis XIV que por interés de su gloria y de su salvación debía poner término á sus conquistas. Reconoció á D. Pedro, rey de Portugal, instituyendo á los obispos nombrados por él. Por fin tuvo la dicha de poner término á la querrela del jansenismo. Tomó un grande interés por las misiones extranjeras, y además de otras muchas disposiciones que dictó sobre este asunto, prohibió, entre otras cosas, toda clase de comercio á los misioneros.

La Santa Sede quedó vacante por espacio de cinco meses después de su muerte, y el octogenario Emilio Altieri, elegido en su lugar, tomó el nombre de Clemente X. Aquí empieza una era todavía más triste para los papas. A ejemplo del rey de Francia, trataron los príncipes católicos de quitar al soberano pontífice toda influencia y de apoderarse de sus bienes en sus Estados. La discusión suscitada en Francia sobre el derecho de regalía, en virtud del cual el rey disponía, durante las vacantes de las mitras, de los beneficios pertenecientes á la colación de los obispos, administrando y percibiendo al mismo tiempo las rentas de los obispados, fué la causa de uno de los combates más tristes para la Santa Sede. Este derecho, que antiguamente no se aplicaba sino á las iglesias fundadas por los reyes, se hizo extensivo á todos bajo el reinado de Enrique IV. Luis XIV confirmó este uso por dos edictos de 1673 y 1674, sin que se opusiera nadie á la violación de los derechos de un gran número de iglesias, sino los obispos de Pamiers y de Alais. Clemente murió antes de terminar la discusión.

Su sucesor, Inocencio XI (Odescalchi, 1676-1689), pontífice dotado de raras cualidades y enemigo declarado del nepotismo, publicó útiles decretos para la disciplina del clero, y miró con la mayor solicitud el nombramiento de obispos. Tuvo graves desavenencias con diferentes cortes por haber retirado á las casas de